

ASPECTOS DE LA CRISIS MILITAR Y GEOPOLÍTICA EN EUROPA Y ASIA CENTRALES

Juan Pando Despierto

Licenciado en Geografía e Historia.

Últimas lecciones sobre la reciente crisis en Bosnia

Lo primero que hay que diferenciar, aunque parezca una obviedad, es de qué estamos hablando cuando hablamos de política de Estado, y cuáles son los límites o las exigencias de aquélla frente a las grandes crisis exteriores.

En base a estas premisas, la política de Estado es aquella que asume las responsabilidades de una defensa de seguridad colectiva y las libertades democráticas por medio del uso legítimo de la fuerza militar, sancionada por un mandato de Naciones Unidas. El ejemplo teórico de lo que se debería haber hecho en la antigua Yugoslavia —hace casi tres años— es su prueba fehaciente.

En cuanto a los límites o exigencias de esa política —que no puede ser unilateral, sino concertada con terceros países—, estos se sitúan en el terreno de las concordancias estratégicas que pueden evitar un conflicto o impedir que uno en curso adquiere un nivel bélico mayor, obteniendo finalmente su resolución positiva.

El segundo ejemplo concierne al pacto ruso-estadounidense que, en relación a la exigencia de la OTAN —formulada en Bruselas por medio del ultimátum definido en diez días de plazo a partir del 11 de febrero de 1994, exigiendo la retirada total de la artillería serbia que acosaba, desde hacía 22 meses, a la ciudad de Sarajevo—, dio lugar finalmente a un acuerdo táctico Washington-Moscú concertado los días 19 y 20 de febrero, y lográndose, como consecuencia del mismo, el repliegue casi general de las piezas de artillería objeto de la amenaza de intervención aérea por parte de la OTAN.

De lo anterior es legítimo deducir que el verdadero gobierno de la hoy denominada Unión Europea (UE) no es ni la comisión con sede en Bruselas, ni tampoco el Consejo de Presidentes de Gobierno de aquélla, puesto que no se reunió en los días previos a la resolución —parcial— del largo y cruel conflicto en tierras bosnias. La gobernación de la crisis recurrió a lo inevitable, tantas veces abstraído de la lógica política: una toma de decisión militar que era, asimismo, una demostración unitaria de estrategia internacional frente a las delincuencias regionales en vigor en los territorios ex yugoslavos. Se obtuvo así, por primera vez en los anales de la comunidad europea occidental y de la OTAN, una demostración práctica del valor de la unidad militar con fines estratégicos positivos y evidentes. La acción, con ser deseada, expuso la gravedad de una desconexión política en la UE que no podía sostenerse por más tiempo sin faltar a principios elementales de la seguridad común europea.

Al no existir esa previa coordinación comunitaria, sumarse a ello la crónica inoperancia de Naciones Unidas en el conflicto —cinco cambios de comandante en jefe de las fuerzas de UNPROFOR en poco más de año y medio—, la crisis se resuelve a través de una conjunción de la tecnocracia militar y la representatividad moral e internacional, lo que fuerza una extraña alianza, OTAN-ONU. El binomio resultante no es un modelo en modo alguno, aunque haya sido la única opción posible en las actuales circunstancias.

Como corolario, la iniciativa estratégica potencial y práctica queda en manos del elemento disuasivo prioritario en la intervención: Estados Unidos, que pacta con Rusia —previo ofrecimiento del mismo por el *premier* británico, John Major, en su viaje a Moscú el 14 de febrero—. En esa entrevista con Major, Boris Yeltsin manifestó su irritación por la no colaboración diplomática de Occidente con Rusia en la crisis bosnia, pronunciando unas frases que recuerdan similares «cansancios» en el ánimo histórico de Rusia: en el Kremlin estalinista de 1943, se denunció entonces agriamente la gestión británico-estadounidense «en solitario» de la estrategia mundial poco después de la Conferencia de Casablanca (1).

El choque directo Este-Oeste en Bosnia se evita *in extremis*, pero el fondo del problema bélico permanece —la extorsión de milicias serbias y croatas en su continuo acoso sobre los enclaves musulmanes en Bosnia, y la existencia de más de una cincuentena de campos de concentración con cerca de 25.000 detenidos bajo condiciones infrahumanas—. La presión militar de la OTAN se ve así obligada a responder al compromiso moral —y estratégico— para consigo misma y tiene, finalmente, que «alzar la frente».

La lógica de responder con firmeza, de una vez por todas, a las constantes violaciones de la treguas selladas por parte de Belgrado y Zagreb, se demostrará contundentemente en el derribo de cuatro caza bombarderos serbios en la mañana del 28 de febrero por aviones F-16 norteamericanos. El hecho supone el primer acto de guerra de la OTAN en toda su historia, acción que desarrolla, con precisión matemática, sobre las Fuerzas Aéreas de un país europeo, a su vez titulada por otra gran potencia europea. El suceso adquiere así no sólo connotaciones históricas, sino ejemplarizantes para defender la esencialidad operativa de una política fiable y disuasiva de seguridad común.

Aunque el incidente parezca que concede un nuevo impulso al rearme de las actitudes belicistas regionales, y a la configuración de una «gran sombra» geopolítica que proyectaría sus dudas y recriminaciones sobre la reciente colaboración ruso-norteamericana, la diplomacia rusa se apresura —por medio de su ministro de Asuntos

1. El 22 de agosto de 1943, después de la reunión de Casablanca —Roosevelt, Churchill, De Gaulle y Giraud—, y el final del Eje en Túnez (operación culminada el 12 de mayo), Stalin enviaba una nota al presidente norteamericano y al *premier* británico en la que, desde la perspectiva de una derrota inexorable de Alemania y Japón, proponía la creación de una Comisión Político-Militar de los Tres Grandes para enfrentarse al «después» de la guerra, acción que expresaba el líder soviético de esta forma: «Hasta ahora, las cosas han sucedido así en la escena internacional: Estados Unidos y Gran Bretaña alcanzaban un mutuo acuerdo, y luego la URSS era informada del mismo. Debo decir que semejante situación no se puede tolerar por más tiempo». Cfr. Kolkó, Gabriel, *Políticas de guerra. La diplomacia aliada y la crisis mundial de 1943-1945*, Versión castellana de Agustín Gil Lasierra, sobre la primera edición en inglés, *The Politics of War* (Nueva York, 1968). Editorial Grijalbo, Barcelona, 1974, 886 páginas, *vid.* pp. 57-58. Las declaraciones de Yeltsin en Moscú, el 15 de febrero de 1994 fueron las siguientes: «Hay quienes están tratando de resolver el problema bosnio sin la participación de Rusia. Pero no lo conseguirán. Nosotros no vamos a permitir semejante situación.» Crónicas de *France-Presse* del mismo 15 de febrero y *El País*, 16 de febrero de 1994.

Exteriores, Andrei Kóziév— a mostrar su «comprensión» por lo sucedido en el espacio aéreo bosnio.

Las declaraciones verbales o escritas que se apoyaban en un catastrofismo «multifuncional», típica argumentación dentro del entramado diplomático ruso-serbio, quedan así en entredicho y desairadas seriamente en sí mismas.

Como colofón a este aparente desconcierto, la diplomacia rusa conseguía apuntarse un notable tanto propagandístico cuando el 1 de marzo de 1994 se hacía pública la decisión del líder serbio-bosnio, Radovan Karadzic, de permitir la apertura del aeropuerto de la sitiada ciudad musulmana de Tuzla, que llevaba cerrado desde mayo de 1992 por el fuego de las baterías serbias emplazadas en las colinas que rodean a la martirizada ciudad. El acontecimiento se producía seis días antes del plazo límite señalado al respecto por el mando de las Naciones Unidas y que contaba, previamente, con «el visto bueno» de la OTAN. Y a él se añadía el consentimiento ruso para enviar *cascos azules* de esta nacionalidad a Tuzla.

Casi simultáneamente, se hacía público en Washington, a última hora de la noche del mismo martes 1 de marzo, un acuerdo bosnio-croata, por medio del cual, ambos poderes se mostraban partidarios de establecer una Federación de ambas etnias en Bosnia, comunidad política que podría, más adelante, entrar en una Confederación (Estados igualmente soberanos), con Croacia. Aunque es prematuro hablar de «paz final», sí que es cierto que nos encontramos ante la más sugestivas de las aperturas hacia la paz en el larguísimo conflicto ex yugoslavo.

De ello se deducen dos consecuencias fundamentales: la voz «Rusia», sigue siendo un valor determinante en la geopolítica planetaria, y resulta insustituible como elemento moderador en los espacios eslavos. Y la segunda —y paradójica constatación— es que el auténtico centro de poder en esta enorme área siguen siendo los Estados Unidos de América, y no tanto porque ejecuten esa acción de forma indirecta, sino porque la Europa Occidental ha renunciado a ese cometido, y el vacío geoestratégico subsiguiente es colmado por la masa norteamericana, muy a pesar de ésta.

Otras actitudes denunciabiles subyacen bajo la evidencia de los hechos. El resultado demuestra la escasa —por no decir, nula— conjunción política de la UE, y el hecho de que las diferencias comunes sólo adquieren capacidad de consenso —y éste, muy relativo—, por la vía militar; de la misma manera que «el último pulso» de la crisis sólo se clarifica cuando intervienen dos actores estratégicos de gran talla; en principio, bajo la perspectiva de un laborioso acuerdo conceptual entre Moscú y Washington, pacto que atravesará serias oscilaciones venideras y que demostrará, con creces, su joven inexperiencia o tardía aplicación en el inmediato futuro.

Señalar, por último, que estas acciones llegan cuando el conflicto en los Balcanes que se encontraba en una fase acusada de descontrol, habiéndose desaprovechado repetidas ocasiones de intervención —especialmente la primera y última, tras la violación de los Acuerdos de Brioni en agosto-septiembre de 1991—, comienza a conocer vías específicas de solución sólo cuando se ha entendido, finalmente, la validez del uso legítimo de la fuerza militar y el nuevo entendimiento de las alianzas estratégicas con Rusia. De ello se deduce, asimismo, que la acción militar ha antecedido a la voluntad política, cuando debería haber sido justamente al revés.

Concordancias y disonancias en la estructura geopolítica y de seguridad en el escenario europeo

Dos son los conjuntos que gobiernan o pretenden gobernar el mundo surgido después de la desintegración de la Unión Soviética. Uno se atiene a un sentido democrático respetuoso de las libertades y que no por ello reniega de una política de fuerzas, y el otro disimula su acción de reconquista del antiguo perfil imperial por medio de una combinación de voluntades nacionales difícilmente acordes entre sí, cuando no claramente hostiles.

El primer bloque es la OTAN, convertido en el gobierno «inducido» de los Estados del Occidente europeo, y el otro es Rusia, que disfraza su proyección reconstructora de viejos mapas de dominio sobre Centroeuropa y Asia Central por medio de su confuso liderazgo en la Comunidad de Estados Independientes (CEI), creada por Boris Yeltsin en diciembre de 1991.

En realidad, el interés de Yeltsin, con ser consecuencia de un reconocimiento práctico de las evidencias segregacionistas de las antiguas repúblicas ex soviéticas, apuntaba hacia otros pragmatismos: concitar en su derredor una alianza de líderes periféricos que le deberían eterno vasallaje al haberles ayudado, previamente, en la consolidación de sus poderes nacionalistas, y, sincrónicamente, utilizar esas devociones externas para consolidar su poder personal en Moscú.

Sin embargo, Yeltsin no supo contar ni con la ambición de las políticas regionales —el caso de la Ucrania de Kravtchuk es bien notorio, con la agria disputa con Rusia por la Flota del mar Negro y la pugna por resolver en cuanto a la posesión de Crimea—, ni con el rechazo que esa desintegración anárquica provocaría en los círculos parlamentarios rusos, y en el mismo Ejército que le aupó al poder tras el fracaso del golpe prosoviético de Yanaiev y los suyos en agosto de 1991.

Por si a alguien le cabía alguna duda sobre la ambición de poder y las maneras autocráticas que definen el yeltsinismo, las órdenes del presidente ruso para acabar «a toda costa» con la resistencia de los parlamentarios bloqueados en el Parlamento moscovita, y el posterior bombardeo artillero y toma por asalto de esa sede institucional (22-24 de septiembre de 1993), son pruebas incuestionables de la personalidad «resolutiva» del que fuera la máxima esperanza mundial tras su atrevida actitud frente al golpismo estalinista dos años antes.

De esta forma, tenemos dos realidades estratégicas y dos irrealidades de gobierno en Europa: una UE que no gobierna ni está unida, pero que tiene en la OTAN su memoria ejecutiva oportuna de como actuar en situaciones de emergencia, y una CEI que gobierna únicamente en base a los pactos establecidos del interés regional y que dista muy mucho *de responder a su enunciado original, dado que su dependencia de Rusia es cada vez mayor en lo militar y, por ende, en lo político.*

A esto hay que añadir que, en el caso de la UE, la metodología empleada es contraproducente, puesto que decisiones militares de esa naturaleza hubieran requerido anteponer una rigurosa política exterior común, estipulada previamente, y con carácter inflexible, en el ámbito de Consejo de Presidentes de Estado o de Gobierno. Al no haberse hecho así, la UE queda, diplomáticamente, a la deriva de los sucesos militares que

puedan producirse, por cuanto ni dispone de un guión previo y metódico ni se asumen, corporativamente, todos los riesgos futuros y las responsabilidades inherentes a ellos. En resumen, la firmeza de hoy puede significar una nueva y dramática debilidad en el mañana inmediato.

Las irrealidades son, obviamente, que la UE, en su penoso entendimiento actual de la política de Estado, favorece el desánimo de los pueblos europeos y lastra, muy gravemente, sus propias capacidades de supervivencia; mientras que la CEI viene a ser una reedición eslava —en las incompetencias, en los bizantinismos— de la UMA magrebí, generalmente torpedeada o ensalzada según le conviene a ese magrebismo falso y autocrático que lidera el rey Hasán II.

La proliferación nuclear: políticas inteligentes y firmes decisiones: los casos ucranio y coreano

La aparición de Ucrania, como hito nacional y sociopolítico en los espacios eslavos meridionales —una masa de importancia geohistórica de Francia—, supone una mutación en las estrategias centroeuropeas de enorme envergadura. Su conflictiva realidad representa para Rusia una pérdida muy superior a la derivada de las independencias de Lituania, Estonia y Letonia —con un repliegue casi total de su dominio sobre el Báltico que no se conocía en Moscú desde el Medioevo—. Pero el hecho ucraniano —como concepto geoestratégico personalizado y autónomo en sus decisiones—, sólo tiene equivalente para Rusia con el descoyuntamiento de su tradicional seguridad hacia el Oeste, basada en la imprescriptibilidad de una Alemania dividida, y acción quebrada con la reunificación germana de 1991.

Una cuestión crucial es el fenómeno de la proliferación nuclear, de la que era responsable principal el sovetismo, al emplazar sus bases de misiles y bombarderos misiles atómicos a todo lo largo y ancho de su imperialidad geográfica. Ucrania se había convertido en el ejemplo más temible (2), convertida, de facto, en la tercera potencia nuclear dado su impresionante arsenal misilístico —176 ICBM, con un total de 1.240 cabezas de guerra, entre ellas, las que arman los 46 misiles supermodernos SS-24, *Scapel*, más 41 bombarderos estratégicos del tipo TU-95 y el novísimo TU-160 *Blackjack*, que transportan 328 misiles de crucero (3). A ello se sumaba la política de «autonomía irrenunciable» que el presidente Kravtchuk sostenía, bastante irresponsablemente, frente a la Rusia de Yeltsin y colateralmente, frente a Occidente, empeñado el dirigente ucranio en utilizar su armamento nuclear como letal «moneda estratégica»: dólares y seguridades militares a cambio del desmantelamiento de su poder atómico. Finalmente obtuvo lo primero, pero no lo segundo.

En efecto, tras la reunión tripartita celebrada en el Kremlin el pasado 14 de enero, entre los presidentes Clinton, Yeltsin y Kravtchuk, se suscribía un pacto tripartito conocido como la Declaración de Moscú, por medio del cual Ucrania se comprometía a desarmar su arsenal nuclear, a cambio de recibir sustanciales compensaciones económicas. En

2. Miller, Steven E., *The Case Against a Ukrainian Nuclear Deterrent*, en *Foreign Affairs*, vol. 72, núm. 3, verano de 1993, pp. 67-80.

3. Dunn, John, «The Ukrainian Nuclear Weapons Debate», en *Jane's Intelligence Review*, agosto 1993.

concreto, Estados Unidos abonaba, «directamente», 400 millones de dólares, dentro de un escenario financiero en el que se comprometían a sostener la entrega de combustible nuclear para centrales ucranianas —material vetado por Rusia—.

El acuerdo especificaba que los técnicos militares ucranianos prepararían el traslado de 200 cabezas atómicas en un plazo máximo de diez meses, y que ese armamento sería desplazado al territorio ruso, donde sería desactivado. Un acuerdo similar se firmaría el 15 de enero en Minsk, entre los presidentes Clinton y Shuskevitch, en el que el Gobierno bielorruso se comprometía a desmantelar su arsenal atómico a cambio de recibir una ayuda de 59 millones de dólares.

Estos intercambios de «largo alcance» —sin duda alguna, la forma más inteligente de invertir sus fondos monetarios para la mayor potencia de la Tierra—, permitirán que los Tratados STAR I y STAR II —este último previsto para ser completado en el año 2003—, lleguen a buen fin. Para ello será cuestión prioritaria que Ucrania, Bielorrusia y Kazajstán, naciones afectadas por el pacto antinuclear que recoge el Protocolo de Lisboa firmado el 23 de mayo de 1992, se adhieran, firmemente, al Tratado de No Proliferación Nuclear (TNP), entrado en vigor en 1970 y concebido por una duración de 25 años (4).

El problema de la proliferación nuclear sigue sin resolverse como concepto de seguridad común, y es perceptible una resignación fatalista al respecto en los organismos de control mundial Agencia Internacional de la Energía Atómica (AEIA). Al caso iraquí ha sucedido el de Corea del Norte, proceso que sigue la política norteamericana con extremo celo vigilante, pero aislada tal actitud de la solidaridad internacional, si exceptuamos la presión británica y, desde luego, la de los países del Occidente europeo.

Finalmente, esas intervenciones lograron que el 26 de febrero de 1994 el régimen de Pyongyang aceptase recibir a una Comisión de la AEIA para que supervise sus instalaciones nucleares. Con ser una excelente noticia, este hecho no oculta otras negativas notorias a consentir inspecciones de ese género (Israel, Pakistán e India).

Estas «particularidades» de la crisis no disimulan tampoco la evidencia de que los procesos en curso para lograr el desmantelamiento del arsenal ex soviético se efectúan con tal lentitud —menos de 1.550 cabezas nucleares por año—, que harían falta diez años al menos para que Rusia completara los Acuerdos de Washington, firmados en 1992. A principios de 1993 esa incómoda realidad era incuestionable (5), y los dramáticos sucesos que ha conocido después Rusia no han hecho más que prolongar la parálisis. Lo sucedido en Minsk y en Kiev, con ser extremadamente positivo, no debe conducir a un descenso en la actitud vigilante de todos.

Igualmente sigue en pie el gravísimo problema del casi absoluto descontrol en las centrales nucleares ex soviéticas de los reglamentos de seguridad al año —20.000 alteraciones graves o «significativas» a lo largo de 1993, que obligaron a interrumpir, en 78 casos, la actividad total de las citadas centrales atómicas (6). De no menor gravedad

4. Duval, Marcel, «Quel avenir pour le traité de non-prolifération des armes nucléaires?» en *Défense Nationale*, febrero 1994, pp. 83-100.

5. Conze, Henri y Pickq, Jean, «L'avenir de la dissuasion nucléaire», en *Défense Nationale*, febrero de 1993, pp. 13-28.

6. *Le Monde*, 19 de febrero de 1994. En un 38 por 100 de esos incidentes, los fallos habían sido debidos a errores humanos.

es el asunto crítico del desempleo masivo de los especialistas de alto rango en investigación nuclear, los cuales pueden ser utilizados por sistemas políticos totalitarios y expansionistas. Esto produce lo que denominaríamos una miniaturización geopolítica de los rearmes y una multiplicación de los riesgos.

La Europa Central frente a su fallido despegue de la tutela estratégica de Rusia. Opciones y razones sobre el sí y el no a la ampliación de la OTAN hacia el Este

Europa Central, bloque sometido durante 40 años a la tiránica decisión de los mandatos soviéticos, asimila con graves dificultades su joven emancipación en lo económico y en lo social, pero, sobre todo, no logra componer una acción concertada de salvaguardia de su defensa no sólo nacional, sino como conjunto de naciones en abierto proceso de democratización.

Esa dinámica de libertades prosigue dificultosamente con tres serias excepciones: una, muy nítida, que es Rumania, donde el Gobierno del presidente Ion Iliescu es una permanente interrogante por su nacionalismo exaltado, y otra subdividida en los casos búlgaro y griego, cuyas voluntades institucionales de concordia regional pueden verse afectadas muy negativamente por un posible agravamiento de las rupturas bélicas en la zona, al incidir en la crisis bosnia las implicaciones emocionales y estratégicas que afectan a Bulgaria y Grecia en relación a la criticada independencia de Macedonia. Turquía y Albania forman parte, asimismo, de esta densa figura geopolítica donde se concentran hoy en día los mayores riesgos de estallido bélico.

Tal vez por esa sombría perspectiva, se mantiene, en el ánimo actuante de todos los actores implicados en la crisis, una filosofía de «prudencias en el límite», cautelas de intrincada génesis que están dando sus frutos precarios en medio de un desasosiego generalizado.

El deseo común de los países del Este es el de conseguir una estabilidad en sus fronteras y, por ende, en sus jóvenes instituciones democráticas. Persiguen algo muy lógico y legítimo (la seguridad militar frente a un vecino poderoso que anteriormente fue su único dueño y señor político), pero también un empeño que se torna virtualmente imposible en el estado actual de la tensión europea: el afán por conseguir garantías sincrónicas de una y otra parte.

Podríamos decir que, en buena medida, las nuevas democracias centroeuropeas tratan de asegurarse su supervivencia por medio de una clásica prevención bismarckiana: «no luchar nunca en dos frentes». Este novísimo «pacto de reaseguro», cara al Oriente eslavo y al Occidente euroatlántico, queda hoy situado en los márgenes amplísimos de la utopía, y su indefinición estratégica es uno de los elementos básicos de la incertidumbre político-militar en el tiempo europeo que nos ha tocado vivir.

La iniciativa del presidente norteamericano, William (Bill) Clinton, en su proyecto de «Asociación por la Paz» —que proporciona una aleatoria cobertura de segundo grado a los países del Grupo de Visegrado (República Checa, Hungría, Polonia y Eslovaquia), combinación de voluntades nacionales cohesionada a partir del 15 de febrero de 1991—, goza de escasa credibilidad moral y de virtualmente nula operatividad geopolítica. A pesar

de ello, su sentido operativo responde básicamente al clásico pragmatismo anglosajón: no hay fiabilidad en los futuros socios, luego no se les admite como tales, pero tampoco se les rechaza totalmente, para que así no se conviertan en enemigos.

Esta síntesis de la proposición clintoniana no ofrece sólidas fianzas para el marco de la seguridad europea a largo plazo, aunque, tras lo sucedido en Bosnia en febrero-marzo de 1994, las solicitudes de ingreso en este club militar de segundo nivel se multiplique (ya han hecho Rumania, Lituania y Ucrania). La iniciativa, en ningún caso, puede calificarse de «antesala» para ingresar en los salones euroatlánticos, sino tan sólo como una pausa indefinida en el camino hacia esa integración Este-Oeste que debería empezar por lo militar y diplomático y terminar por lo social y lo institucional. Como vemos, es difícilmente irrealizable no derivar siempre hacia lo quimérico.

De ahí la extrema dureza de los pragmatismos políticos en la OTAN, eso sí, adobados con las mejores perífrasis de lo que podríamos denominar «geopolítica» moral al uso. Pilhes ya intuyó hace meses, y acertadamente, la inflexibilidad de esa eufemística asociación (7).

En efecto, el acuerdo adoptado por consenso —y dudosa convicción— en la reunión de Bruselas de la Alianza Atlántica (10-11 de enero de 1994) es de una infuncionalidad estratégica manifiesta, pues ni satisface la seguridad de esas naciones ni tranquiliza la obsesión rusa de verse sometida a un proceso de cerco continuo, aunque esto último contenga más de imaginación que de realidad.

¿Por qué este «sinuoso» sí a la Europa del Este que, en esencia, es un no «amable» a la integración en la OTAN? Por varias razones que exponemos a continuación:

1. La entrada de estas naciones centroeuropeas carece de sentido estratégico si no se concierta, previamente o posteriormente, un pacto o alianza diplomático-militar con Rusia. Como se ha rechazado «anticipadamente» la inclusión de Rusia en la estructura atlántica —por temor a su débil democratización y a la anárquica situación de sus instituciones, cuestiones que son subjetivas, las primeras; y objetivas, las segundas—; no puede aceptarse la plena integración de los antiguos miembros del Pacto de Varsovia, puesto que ello equivaldría a una provocación directa sobre Rusia de impredecibles consecuencias.

El vicio de esta actitud es que, al considerar a Rusia siempre como «potencia dudosa», se refuerzan, consecuentemente, las graves dudas interiores de los procesos democratizadores en curso, y se conceden argumentos desestabilizadores suficientes a los revisionismos estalinistas o al fenómeno neofascista ruso. Se repite el famoso error de la Norteamérica de Fuster Dulles y Eisenhower ante la petición de ingreso en la OTAN formulada por Malenkov un año después de la muerte de Stalin (en 1954).

2. El hecho de la inclusión de países como representados en el Grupo de Visegrado lleva, implícita, la ampliación de los problemas de la OTAN, sin obtener ningún beneficio en absoluto de esa extensión de sus capacidades de control supranacional. Al incorporarse estas naciones, con ella quedan incorporados, automáticamente, sus viejos conflictos regionales, evidentes en el caso checo-eslovaco, y en el que enfrenta a Eslovenia y Hungría; incluso, en la peligrosa dialéctica reivindicativa que podría darse en un futuro

7. Pilhes, Nathalie, «L'Europe Centrale et l'Otan», en *Défense Nationale*, noviembre de 1993, pp. 103-110.

próximo para eliminar los rastros geoestratégicos de la Segunda Guerra Mundial (la región de Kaliningrado es un ejemplo).

Es decir, ingresan los problemas más que soluciones, y aumentan las responsabilidades (los compromisos militares ante un previsible conflicto entre partes nacionales de la misma OTAN) más que las seguridades. Con el crónico enfrentamiento turco-griego la OTAN ya tiene bastante. Este segundo punto es el de mayor legitimidad, tanto en la proyectiva estratégica como en la previsión moral de la crisis, para que la OTAN se niegue tajantemente a su ampliación incompleta hacia los mundos del Este.

3. La ampliación se considera indeseable también a nivel de filosofía política, en los debates internos de las decisiones euroatlánticas «particulares». Estados Unidos, a pesar de ser observado como campeón de las democracias del Grupo de Visegrado, perdería, inevitablemente, una parte sustancial de su peso geoestratégico (condicionador, resolutorio) en una Alianza europeizada y que, más tarde o más temprano, tendría que incluir a Rusia en su seno o entrar en guerra con ésta.

Por otra parte, el ingreso de un amplio contingente de naciones de alta relevancia histórica y cultural, pero de ubicación geopolítica alejada de las trayectorias de los intereses meridionales de algunos miembros de la OTAN, lesionaría la capacidad de esas potencias para reforzar o imponer sus puntos de vista ante conflictos que surgieran en áreas apartadas de las centroeuropeas. De la misma manera, «la presentación armada» de esas previsibles crisis eslavas situaría a países como España, Francia y Portugal, ya renuentes a aceptar mayores compromisos militares y sociales en esa área, a decidir (social y parlamentariamente) un grado en aumento de la penetración (el compromiso) dentro del marco de futuros conflictos que estarían alejados, radicalmente, de las zonas de interés o preocupación clásicas de esos países.

Se repetirían, así, y con gran intensidad, las suspicacias y recelos a una ampliación económica de la UE por su parte septentrional. A esto podría refutarse diciendo que si las dudas a la extensión comunitaria en lo económico están bien fundadas —la postura intransigente de Noruega al respecto ha sido penosamente significativa en los meses de enero a marzo de 1994—, no se deben tener los mismos recelos en el caso militar, que debe contemplarse con una proyectiva de nuevo cuño: si no les ayudamos, ellos «posiblemente» nos ayudarán. Pero si no les ayudamos, ellos nunca nos comprenderán ni nos ayudarán en nada.

Esta racional ecuación castrense, en la que deberían tener el mismo valor estratégico el Báltico que el Mediterráneo, y que tendría plena validez en el marco activo de las relaciones interejércitos, gozaría de escasa factibilidad política en el terreno de los intereses de Estado personalizados.

Rusia y Asia Central, mundos en expectativa de destino

Rusia, sometida a un proceso de centrifugación sociopolítica en modo alguno concluido, se refugia conceptualmente en un supuesto «orden militar» como única alternativa hacia el caos (8).

8. Erickson, John, «L'armée se veut une force considérable que nul ne saurait négliger», *Le Monde Diplomatique*, núm. 476, noviembre de 1993.

Esa idea de Ejército, moderador y regenerador de la anarquía nacional, con ser teóricamente correcta en una situación como la rusa, se ha visto seriamente comprometida por el intervencionismo yeltsinista —la orden de asalto al Parlamento moscovita en octubre pasado—, lo que originó las primeras disensiones internas de gravedad en la estructura militar. Su consecuencia electoral fue la emergencia de un nacionalismo neofascista y revanchista que lidera Zhirinovski, en gran parte, portavoz de una conceptualidad militar rusa desairada y frustrada, que hunde sus raíces en el imperialismo socialista de Tujachevskij y en un ideal reconstructor de las energías panrusas y seudodemocráticas, de confusa vertebración, especie de gaullismo a la rusa sin líder opositor a la vista. A ello se suma la indeseable permanencia de altos cargos militares en la vida parlamentaria y pública. A este magma de fluidos convulsivos se une el mantenimiento de una costosísima estructura imperial ofensivo-defensiva que sigue sin desmantelarse de acuerdo con un programa racional.

Rusia queda autodefinida —y lo va a estar durante mucho tiempo— como un enorme y anárquico organismo sociopolítico fundamentado en ancestrales y poderosas inercias estratégico-culturales. Rusia es una figura política que muestra, casi a diario, las dimensiones de su «nudo de la angustia» (su incapacidad para autogobernarse en libertad), lo que alienta una creciente inseguridad planetaria. De lo que suceda en su gigantesco interior dependerán la paz o la guerra para las sociedades europeas y asiáticas, esto es, virtualmente, para el mundo entero.

Europa y Asia Centrales quedan así en «expectativa de destino», un término militar que define, adecuadamente, su trágica dependencia de un factor exógeno todavía de enorme importancia (Rusia), y toda una cadena de elementos endógenos que chocan sincrónicamente, «regularmente», unos contra otros, como pedazos geoestratégicos y tecnoideológicos de un turbulento río de conceptos —unos, petrificados en el tiempo; otros, de brutal aparición—, y sometido repentinamente a un devastador deshielo histórico.

Es esta una arquitectura barroca, efímera al ser eminentemente revolucionaria; cruzada por un sinnúmero de vías rápidas y estaciones de espera, pero dotada de enormes energías mutantes, plena a rebosar de pasiones y poderes interiores que luchan ferozmente entre sí, y forzada a capitular ante la misma historia o a llevarse por delante lo poco que de historia coherente estamos construyendo en esta difícil maniobrabilidad sociopolítica que caracteriza a nuestro tiempo. Sin duda, asistimos a una regeneración sorprendente de los usos medievales, tanto en lo estatal como en lo personal (Afganistán y su tribalismo institucional es un ejemplo nítido).

En los choques —sin cuartel, sin proyecto previo—, se pretende ordenar por medio de la violencia un confuso urbanismo moral, nacional y estatal que todavía carece de nombres claros, aunque no de objetivos, estupefacto e inquieto, a este desanudamiento violentísimo de las ambiciones y las incongruencias.

La política se hace trivial, las demandas las imponen las hordas armadas (desde lo ideológico a lo militar), y la militarización de las instituciones cohabita desastrosamente con los favores personales o familiares (clanes partidistas, camarillas gubernamentales). Todo ello hace ingobernable la idea de Estado y destruye una convivencia social que apenas puede denominarse por su nombre original.

Las características de la crisis: posiciones y condiciones de los centros de mando o de presión

La primera lectura de la actual situación geopolítica en estas amplísimas regiones —donde se concentran una veintena de grandes Estados y un sinnúmero de regiones autónomas que pretenden sustituir a aquéllos a través de un fenómeno cainita de eliminación de adversarios—, es que no existe ningún «centro de poder» en el sentido clásico, aunque se continúe venerando una vieja institución al respecto: Moscú, que conserva sus antiguos vicios y ha desarrollado otros nuevos, fruto de su anterior codirección en la bipolaridad planetaria que dominó el mundo entre 1945 y 1989.

Esto no empezó para que la «moderna» Rusia —en tantos aspectos conductuales de una burda remodelación de la estructura zarista—, mantenga una influencia notoria sobre el desarrollo de las crisis periféricas en sus tradicionales proyecciones históricas, y el caso reciente de Sarajevo es significativo al respecto.

Empero, han surgido valores estatales —y personales— de admirable adecuación con las realidades de su tiempo. El caso de Kazajstán y de su notable presidente, el dialogante Nursultán Nazarbaiev, es todo un ejemplo a seguir. Nazarbaiev, elegido presidente de su país el 1 de diciembre de 1991 —con el 98,8 por 100 de los votos válidos emitidos—, conserva hoy casi la misma popularidad, mientras que ha acrecentado su prestigio moderador en el tormentoso entorno geopolítico que le rodea desde que su patria alcanzó la independencia quince días antes de su propia elección a la más alta magistratura del Estado kazako (Kazajstán era soberana desde el 25 de octubre de 1990).

En lo que se refiere a los centros de mando o de presión sobre las decisiones estratégicas, podrían quedar estructurados de la siguiente forma:

- a) Los presidentes de Gobierno con una fuerte autoridad sobre los Parlamentos y la opinión pública. En una variable violenta, esas influencias se utilizan para imponer políticas anexionistas o belicistas, mientras que en la vertiente opuesta se trata de conciliar los derechos de las minorías con la vertebración de un Estado armónico en lo político. Tenemos así los casos de los presidentes Milosevic y Tudjman en Serbia y Croacia, respectivamente, o el del nuevo presidente de Lituania, el muy popular Algirdas Brazauskas —elegido en febrero de 1993—, antiguo primer secretario del PCL, defensor de un socialismo «puro pero independiente» (el antiguo PCL, en la época de Brazauskas, fue el primer Partido Comunista de la URSS en romper con Moscú, en 1989).
- b) Los líderes provinciales que han creado a su alrededor un inextricable tejido de alianzas militares y compromisos feudalistas o mafiosos y que, con sus actitudes intervencionistas y chantajistas, desarticulan los precarios equilibrios regionales y obligan, alternativamente, a los verdaderos Estados a tomar decisiones en contra de la paz y a favor del mantenimiento de una situación medievalista, caótica, que es el único ámbito donde pueden supervivir estas satrapías. Ejemplos nítidos son los de aquellas fuerzas de bandidaje que se apoyan en entidades político-militares de muy incierto final, como la denominada «República Serbia de Krajina», a personalidades enfrentadas ideológicamente, pero que pactan entre sí para eliminar a sus adversarios locales, como es el caso del líder de los serbio-bosnios, Radovan Karadzic, y el del «presidente» de la conocida como «Provincia Autónoma de Bihac», Fikret Abdic.

Si nos trasladamos únicamente a lo que fuera la URSS, los ejemplos se suceden en cascada por la caótica arquitectura geopolítica del yeltsinismo acorralado: Chechenia-Ingusia (en el Cáucaso Norte); en Yakutia-Sahka (Siberia, dividida por el círculo polar Ártico), o en el Tatarstán (Kazán, curso medio del Volga). En todos estos anti-Estados la proporción de la población rusa es altamente significativa, y procede hablar, en consecuencia, de mafias prorrusas y antirrusas que se combaten sordamente, no sólo para lograr ejercer el poder público local, sino para mantener el poder sobre lucrativas y especulativas redes de corrupción y extorsión.

- c) Los partidos políticos mayoritarios de ideología nacionalista o en alianza con otros grupos conservadores o patrióticos, a los que se oponen los nacionalismos radicales de la periferia. Unos y otros están en connivencia con facciones del Ejército, al que dividen y obligan a participar en una cruenta guerra civil o contra un tercer Estado. En este último caso, la pugna militar puede ser directa o indirecta. Como resultado de la crisis bélica, suele participar en ella, en un inusual papel de «moderador armado», el viejo poder con presencia histórica en la región, es decir, Rusia.

Las diferentes gradaciones se articularían así:

1. La fratricida Georgia de los presidentes Zia Gamsajurdia y Edvard Shevardnadze, a lo largo de choque civil motivado por la sucesión de Abjazia y Osetia del Sur, que se prolonga desde 1992 y que, últimamente, adquirió un aspecto aún más dramático con el suicidio de Gamsajurdia —31 de diciembre de 1993, aunque la noticia del suceso se conoció el 5 de enero de 1994—. Georgia queda como hito de un tribalismo político del que trata de sacar un buen partido la vigilante Rusia yeltsinista (9).

Al hilo de estos sucesos, Rusia se despereza rápidamente de su autocriticado abandonismo histórico: el Tratado firmado en Tbilisi, el 4 de febrero de 1994, entre Yeltsin y Shevardnadze, por el que Georgia concede a las tropas rusas el establecimiento de efectivos permanentes en tres bases de vital importancia militar —Vaziani, en los alrededores de la capital georgiana; Batumi, en la orilla oriental del mar Negro, y Akhalkali, muy al sur, en las proximidades de la frontera turca—, marcan, con indiscutible precisión, cuáles vienen a ser los objetivos de la recuperación estratégica en curso; cuáles serán sus nuevos vasallos, y cuáles son los enemigos a vigilar de cerca. La maniobra se inserta en un refuerzo del dispositivo militar ruso fuera de sus fronteras sin precedentes desde el inicio del régimen gorbachoviano (1985): un total de 30 bases militares se están terminando o han empezado a construirse en el viejo glacis defensivo de la Unión Soviética (10).

2. La disputa entre la Armenia del presidente Levon Ter Petrossian en su larga lucha frente a la Azerbaiyán del presidente Heidar Aliev —tras la deposición violenta del anterior presidente, Abulfaz Etchibey, en junio de 1993— por la incorporación o no del enclave armenio de Nagorni Karabaj a su patria histórica (11). En el choque, que

(9) Radvanyi, Jean, «La Géorgie minée par les régionalismes», *Le Monde Diplomatique* núm. 476, noviembre de 1993.

10. Extractos de *Reuter* y *France-Presse*, los días 6, 8 y 10 de febrero de 1994, y crónica de Rodrigo Fernández, desde Moscú, para *El País*, en su edición del 20 de febrero de 1994.

11. Dragadze, Tamara, «Couteux succès arméniens contre l'Aerbaidjan», en *Le Monde Diplomatique*, núm. 470, mayo de 1993.

dura ya 35 meses, han entrado en colisión principios étnicos, religiosos y otros provenientes de los nacionalismos medievales en el área. Rusia sostiene militarmente a Armenia, pero de forma soterrada, y trata de influir entre ambos contendientes para consolidar una paz precaria en la región que sitúa a la estrategia rusa como «tabla de salvación» conjunta de los dos países —el pacto sellado el 18 de febrero de 1994, entre las dos partes y con la mediación de Rusia, apunta en esa dirección—, en detrimento de Irán y Turquía, poderes estratégicos de relevo que aguardan su «oportunidad».

3. Aquellas nacionalidades de viejo rango que han recobrado su identidad estatal propia al desarticularse el imperio del que dependían, y que, por lo tanto, mantienen una tensión emocional crónica con sus antiguos dueños, a la par que subsisten intrincados conflictos territoriales entre ambos, que son las crisis reales que importan. Son gobiernos articulados en torno a un presidencialismo «fuerte» que bordea lo autoritario continuamente y que, sin estar militarizados, padecen una fuerte militarización de su política al estar continuamente sometidos a un estado de guerra latente. Los casos de Moldavia —independiente desde el 27 de agosto de 1991— y Ucrania —plenamente soberana desde el referéndum de autodeterminación del 1 de diciembre de 1991, donde se pronunciaron a favor de la secesión de Rusia el 90 por 100 de los electores que emitieron votos válidos—, son ejemplos ilustrativos al respecto.

La Moldavia del presidente Mircea Snegur ha mantenido, desde mayo a junio de 1992, una disputa a cara descubierta frente a Rusia por la situación sociopolítica en el enclave rusófono de Transdníestria —que había proclamado unilateralmente su independencia en agosto de 1990—, pugna en la que intervino indirectamente el XIV Ejército ruso destacado en el área. La tregua establecida entonces con la mediación de efectivos de la CEI se mantiene en estado precario, aunque se amortigua por dos vías: la intención moldava de renunciar, como «supuesto teórico» de Estado, a su integración en una «Gran Rumania» —tesis del nacionalismo prorumano de Mircea, Mosanu—, y el establecimiento de lazos de buena amistad con la vecina Ucrania— acuerdo sellado el 25 de octubre de 1992—, por el que Kiev comprendía «la posición de Chisinau» frente a la crisis en Transdníestria y frente a la minoría turcófona de los Gaguzes.

Ucrania es un importante y crítico caso aparte, dadas sus magnitudes geosociales —53 millones de habitantes en un espacio estratégico que corta las salidas suroccidentales y meridionales de Rusia— militares (estas últimas se tratarán aisladamente más adelante).

El conflicto con Rusia por la posesión de Crimea, «tierra sagrada» para el simbolismo heroico de los Ejércitos rusos —dos asedios de Sebastopol, uno en 1854-1855, frente a los franco-británicos, y otro en 1942, frente a las divisiones hitlerianas—, es una crisis de larga duración y complejas soluciones. La arbitrariedad en 1954 de aquel déspota ucranio llamado Nikita Kruschef, al considerar justa la «donación» de Crimea a la conceptualidad político-administrativa de lo ucranio, se mantiene como un «fuego contenido», máxime cuando en las elecciones presidencialistas del 30 de enero de 1994 el favorito de la población de origen ruso —70 por 100 del censo—, y firme defensor de la reinsertión de Crimea

en Rusia, Yuri Meskhov, fue elegido triunfalmente por el 73,5 por 100 de los sufragios.

El presidente ucranio, Kravtchuk, ha reconocido los hechos, pero sólo como paréntesis estratégico en su larga afirmación nacionalista frente a Moscú. Mehskov, al que la mayoría de los analistas consideran simple ave de paso (de menguada durabilidad política), depende de su función como «viaducto dialéctico» entre las intransigencias rusas y las ambiciones ucranias. El escenario en el que se desenvuelve su acción atañe a un conflicto estratégico crucial: la resolución sobre el definitivo mando de la Flota del mar Negro, algo que sigue sin resolverse plenamente a pesar de que el 3 de septiembre de 1993, en Massandra (Crimea), Kravtchuk puso su firma junto a la de Yeltsin aceptando la entrega de la «totalidad» de esa poderosa Armada bajo el control del Almirantazgo ruso.

- d) Los gobiernos periféricos cuyos líderes han sido formados en el clientelismo comunista y que, tras su proclamación institucional en pro de las libertades públicas, se ven *abocados a realizar acciones contrarias a ese discurso*. Las acciones pueden generar violentas disputas para impedir la toma del poder por grupos indeseables, ya sean auténticos demócratas o movimientos integristas islámicos, mucho mejor cohesionados y fuertemente armados (caso de Tayikistán). La acción puede también ejercerse por la vía de un golpismo dulce, ejecutado a través de las instituciones como sucedió recientemente en Bielorrusia, al ser depuesto en Minsk el presidente Stanislav Shuskevitch (26-28 de enero de 1994), y ser sustituido al frente del Soviet Supremo (Parlamento) por Mechislav Grib, un general de la policía en situación de reserva, y firme partidario de reintegrar a los bielorruso en el ordenamiento geopolítico y emocional de la Rusia eterna.

Cuando las cosas no suceden tan «pacíficamente», la crisis suele derivar en un conflicto civil de extraordinaria brutalidad, como es el caso de la guerra habida en Tayikistán, y cuyos rescoldos permanecen «encendidos»: tras el derrocamiento del presidente Rhaman Nabiyeu, en mayo de 1992, las milicias islamistas de Sangak Safarov tomaban al asalto la capital, Duchanbé. La contienda provocaría más de 50.000 muertos y grandes masas de desplazados (hacia Uzbekistán y Turkmenistán, especialmente, que no fueron inferiores a las 300.000 personas). La situación se resolvió con una contraofensiva demócrata, en la que los antiguos comunistas se vieron ayudados por importantes efectivos rusos en el área —dos regimientos mecanizados, más la 201 división semiblindada—, a lo que se añadía la ayuda económica recibida del Uzbekistán de Kamirov, quien también envió tropas para recuperar la posesión de Duchanbé (14 diciembre 1992) y facilitar así la reinstauración del poder neocomunista de Imanali Rhamanov, antiguo presidente del Parlamento tayiko. (12).

La amenaza fundamentalista en esta vital república asiática es doble: a los propios integristas —sostenidos escasamente por un Afganistán muy debilitado por su feroz guerra civil, pero que puede reinvertir su maltrecha energía y proyectarla de nuevo hacia el Norte—, se oponen los comunistas reformados, que cuentan con el poder del Ejército ruso en la región; el amparo, militar y político, del neocomunista Uzbekistán; y «la compresión» abierta de un Moscú siempre opuesto a la marea islámica.

12. Wylie, James, «Tadjikistan. A Strategic Threat to Regional Harmony», en *Jane's Intelligence Review*, marzo de 1993.

La situación militar en la antigua Yugoslavia: ejemplos de guerras provinciales sometidas a una creciente internacionalización

La guerra en lo que fuera Yugoslavia es un terrible «cruce» de intenciones de poder y de demostraciones del mismo que se ejerce por todos los medios violentos posibles, acciones que se realizan sin vacilaciones para conseguir resultados políticos «concretos» en base a esa desordenada y furiosa utilización los recursos militares y sociales disponibles.

En el plano diplomático, y desde la perspectiva de los poderes nacionales enfrentados en el terreno, a la ya comentada tutela rusa sobre Serbia-Montenegro, se han sumado, tradicionalmente, las de Alemania sobre Eslovenia y las de Austria sobre Croacia. Los últimos acontecimientos han menguado notablemente esas «supervisiones» poshabúrgicas al más viejo estilo pangermánico que ahora comienzan a reconocer sus propios excesos tutelares —la intolerable, pero tolerada extorsión del Gobierno de Helmut Kohl sobre la CE para que reconociera la independencia de Eslovenia y Croacia en el final de 1991—, y la gravedad de esas justificaciones morales, que eran sólo incorregibles inercias geoculturales y estratégicas.

En la última realidad militar sobre el mapa de la guerra bosnia, cuatro son las fuerzas que cuentan con materiales y efectivos para enfrentarse entre sí, aunque esa lucha puede eternizarse de no mediar una intervención concertada, que es la determinación asumida —esperemos que definitivamente— por la OTAN, Naciones Unidas y Rusia.

El antiguo Ejército Popular de Yugoslavia fue «recompuesto» en 1992, fecha en la que aproximadamente 80.000 de sus efectivos se desplegaron en Bosnia-Herzegovina, tomando después el nombre, dos meses más tarde, de Ejército Federal de Yugoslavia. Este gran conjunto militar servio-montenegrino, está desplegado en cuatro distritos militares (área servia, montenegrina, rosogo, bosnia). El despliegue consiste en tres grandes bloques o Ejércitos distribuidos de la siguiente forma:

- Primer Ejército: con cuartel general en Belgrado (al Norte, con importantes unidades desplazadas en la Vojvodina, colindante con Hungría).
- Tercer Ejército: con cuartel general en Nis (oriente de Serbia, cerca de la frontera búlgara).
- Cuarto Ejército: con cuartel general en Podgorica (Montenegro, próximo al límite fronterizo con Albania).

Es importante señalar que la composición de los cuadros de oficiales de este Ejército de 242.000 efectivos —más una masa de 400.000 reservistas entrenados (cifras del verano de 1993)—, que pueden estimarse en torno a los 40-41.000, se dividen, étnicamente, así: 92,6 por 100 serbios, 7 por 100 montenegrinos, y el 0,4 por 100 restante, de origen húngaro, búlgaro o croata.

Su armamento pesado se calcula en unos 900 carros de combate (modelos T-54 y T-55 en su mayor parte, más algunos batallones equipados con T-72), 952 APC (blindados de transporte de personal), y 1.364 cañones y obuses de campaña. Las cifras de morteros disponibles deben ser elevadísimas, pues antes de la ruptura de hostilidades con Eslovenia y su derrota frente a las milicias eslovacas (junio-julio de 1991), en los listados del Ejército

yugoslavo figuraban 6.400 morteros de los calibres 60, 81 y 120 mm (13). Parece prudente estimar que un 60 por 100 de esas armas figuran todavía en servicio.

La fuerza serbia reside particularmente en el ámbito terrestre, pues sus medios aéreos y navales son bastante más modestos: 210 aparatos de combate (no más de 180 operativos), 40 helicópteros, y 42 buques de guerra de pequeño porte, de ellos, dos submarinos y dos fragatas relativamente modernas.

A este gran bloque militar se unen las unidades irregulares serbias desplazadas de la geografía y de la Administración nacionales, pero no de la tutela patria (moral y estratégica), y que adquieren categoría de «ejércitos». En este caso se trata de las unidades paramilitares del enclave de Krajina —12.000 km cuadrados, con una población estimada de 325.000 habitantes, en su práctica totalidad, serbios—, que nacieron primero como fuerzas de policía, cuando este territorio se emancipó del Gobierno croata de Tudjman el 21 de diciembre de 1990.

Cuando el conflicto armado con Croacia adquirió grandes proporciones, las unidades policiales pasaron a ser verdaderos comandos de choque, y finalmente se transformaron en batallones y brigadas, dando así origen, a finales 1992, a la *Vojska Srpske Krajine* o Ejército Servio de Krajina (VSK), que pronto llegó a contar con 40.000 efectivos, entre ellos, algunas unidades que respondían al más puro criterio operativo de los *chetniks* de la Segunda Guerra Mundial, esto es, formaciones especializadas en el combate cuerpo a cuerpo que ni concedían ni esperaban recibir cuartel.

Hay que hacer constar que la República de Krajina es una «desconcertante» figura geopolítica que los serbios entienden sociomilitarmente como un todo, pero que está dividida en dos partes: una es la Eslovenia Oriental —que se separó del Gobierno de Zagreb el 26 de febrero de 1991, dando origen a la denominada región autónoma de Eslavonia y Baranja (capital efectiva, Vukovar), y otra, en las fronteras orientales de Croacia con Bosnia Occidental, que es la verdadera Krajina y cuyo centro institucional es Knin (que optaría por la secesión de Croacia el 21 de mayo de 1991).

En el momento en que los grandes enfrentamientos entre serbios y croatas llegan a su fin el 3 de enero de 1992, los representantes serbios de Krajina y Eslavonia declararon, simultáneamente, y en un acto celebrado en Borovo Selo (Eslavonia, en la misma frontera con Servia Occidental), declarar formalmente la «unificación» de la República Servia de Krajina, con su capital en Knin.

La situación no sufrió alteración alguna cuando comenzaron a llegar al área los efectivos de UNPROFOR (18 mayo de 1992), en base a los dictados emanados de la resolución 721 de Naciones Unidas (21 de febrero de 1992). Este disparate geosocial y táctico recoge las más encarnizadas voluntades de resistencia de la región, y es un semillero de fanatismos de casi imposible erradicación sin una intervención internacional de gran calado.

En la actualidad, el VSK dispone, aproximadamente, de unos 55.000 efectivos, con la posibilidad de movilizar, en caso extremo, a otros 40.000 (prácticamente, la totalidad de la población masculina adulta de los dos enclaves). Estas fuerzas se encuentran desplegadas

13. Vego, Milan Dr., «The Yugoslav Ground Forces», en *Jane's Intelligence Review*, junio de 1993.

en torno a los puntos fortificados de Vukovar, Petrinja, Vrginmost, Udbina, Djevska y Baranja.

El VSK cuenta con tres batallones de carros pesados, que amparan la maniobra de 14 brigadas de extrema movilidad, las cuales disponen de unas 400 piezas de artillería (cañones y morteros) y, posiblemente, de unos diez helicópteros en servicio (modelos Mi-8 y *Partizan-Gazelle*, algunos astillados), a lo que se suman varias unidades fluviales ligeramente armadas.

Frente a estas potencias militares serbias, Croacia ha levantado importantes fuerzas. El Ejército croata o HV (*Hrvatska Vojska*), formando oficialmente en septiembre de 1991 y reforzado después continuamente, se complementaba con las unidades de la *Zbor Nacionalne Garde*, o Guardia Nacional (ZHG).

Las fuerzas croatas conocieron una sustancial desmovilización —cerca de 100.000 hombres—, después del final de la lucha directa contra las fuerzas serbias (3 de enero de 1992). En aquella fecha, los croatas habían logrado poner en orden de batalla un total de 63 brigadas, con algo más de 200.000 efectivos. Tras el estancamiento de los frentes, el HV agrupa unas fuerzas en línea de unos 105.000 efectivos —más otros 100.000 en reserva, fuertemente entrenados—, con lo que prácticamente mantiene sobre las armas al mismo bloque defensivo de tres años atrás.

El Ejército croata, cuyo armamento pesado lo componen unos 200 carros de combate, 380 APC, 820 piezas de artillería y unas 2.500 armas antitanques y antiaéreas, se organiza en torno a cuatro grandes distritos militares:

- Primera zona: (Osijek, Croacia Oriental, en la frontera con Serbia). Dos unidades motorizadas y once brigadas (35.000 hombres), más 4.500 movilizados de la Guardia Nacional.
- Segunda zona: (Bjelovar, al norte del territorio, en Eslavonia Central, cerca de la frontera húngara). Una unidad motorizada y diez brigadas (29.000 efectivos).
- Tercera zona: (Zagreb, al noroeste, centro de la reserva estratégica). Tres unidades motorizadas y once brigadas, más varias formaciones antiterroristas y batallones de la Guardia Nacional (cerca de 40.000 efectivos).
- Cuarta zona: (Split, en la costa dálmata). Una unidad motorizada y nueve brigadas (26.000 efectivos).

A ello se suma un área operativa de menor rango estratégico para la actualidad bélica de hoy día, pero de gran importancia anteriormente, y que tiene su sede en Karlovac, punto de posible ruptura del territorio nacional croata y próximo al enclave serbio de Krajima.

En el área de Karlovac se encuentran destinadas seis brigadas (unos 15.000 efectivos). Otra área secundaria es la que tiene su base de operaciones en Rijeka (la antigua Fiume italiana), en la que se encuentran de guarnición una unidad motorizada y siete brigadas (cerca de 21.000 efectivos).

La crisis bosnia incentivó la creación de poderosas milicias croatas, agrupadas en torno al Consejo de Defensa Croata (HVO). Otra formación paramilitar, que se distinguió por sus terribles abusos en el frente bosnio fueron las partidas integradas en las denominadas Fuerzas de Defensa Croatas (HOS), y cuya jefatura militar asumió Blaz Kraljevic, más tarde nombrado general, y muerto con sus principales guardaespaldas en Krusevo, cerca de

Mostar, en agosto de 1992. Disuelto el HOS —aunque algunas de sus unidades siguen operando, disfrazadas bajo otros nombres—, el primer conjunto de las guerrillas bosnio-croatas, el HVO, se configuró como un verdadero ejército, y a finales de 1992 contaba con 45.000 hombres encuadrados en 22 brigadas, con un dispositivo que cubría los «puntos de fugo» principales: el curso del río Heretva, Mostar, Bihac y Sarajevo.

A principios de 1993 ese dispositivo se mantenía (14), y a él se añadían unos 15.000 efectivos del Ejército Regular Croata, introducidos «sin matices» en Bosnia Central y Occidental. Un año después, la situación permanece invariable.

El Gobierno de Bosnia-Herzegovina, región entendida siempre como la práctica convivencial de tres culturas, jamás se había planteado la posibilidad de contar con Ejército propio, a pesar de los avisos del intervencionismo serbio en Kosovo (1989) y Eslovenia (1991). El Ejército bosnio musulmán nace por un decreto firmado por el presidente Alija Izetbegovic el 14 de mayo de 1992, por el que se vertebraba así el Ejército de Bosnia-Herzegovina.

Cuando los combates con las milicias serbias se hicieron crónicos en la primavera de 1992 y el cerco de Sarajevo comienza a ser un titular vergonzante en los medios informativos mundiales, la propaganda servia aducía que las fuerzas musulmanas contaban con «50.000 hombres, organizados en cuatro divisiones y 55 unidades a nivel de batallón» (15). Pero esto era una ofensa a la verdad tan surrealista como la lista de armas que los serbios pretendían se encontraban en manos bosnias en julio de 1992: 231 tanques, 300 piezas de artillería y nada menos que ¡5.000 morteros de todos los calibres! (16).

La realidad era bien distinta y, a la fecha de hoy, puede que las fuerzas musulmanas en Bosnia no superen, en armamento pesado, los 8-10 carros de combate, una cuarentena de blindados y unas 5-6 baterías de cañones de grueso calibre. Otra cosa son los morteros, que pueden alcanzar la cifra de un centenar y medio de piezas, en calibres de 81 a 120 mm.

En conjunto, el Ejército bosnio cuenta con 90.000 efectivos (de ellos, 50.000 completamente armados), articulados en 30 brigadas y 5 grandes áreas de despliegue:

- Región de Sarajevo: con el Primer Cuerpo y cuartel general en la capital (6 brigadas reforzadas, con 25.000 efectivos).
- Región del Norte: cuartel general en Tuzla del Segundo Cuerpo (6 brigadas reducidas, con 16.000 efectivos).
- Región Central: el Tercer Cuerpo con cuartel general en Zenica (6 brigadas y una legión de voluntarios *muyahidin* (aproximadamente, unos 18.000 hombres).
- Región del Noroeste: cuartel general en Bihac del Quinto Cuerpo (8 brigadas reducidas, con unos 13.000 efectivos).
- Región de Herzegovina: el Cuarto Cuerpo con cuartel general en Mostar (4 brigadas, con 8.000 efectivos, tal vez algunos más).

Estos son los datos del despliegue de las fuerzas que combaten para sostener esa sobrecarga de Estados (no de nacionalidades) que se disputan la supervivencia en Bosnia.

14. Vego, Milan Dr., «The Croatian Forces in Bosnia and Herzegovina», en *Jane's Intelligence Review*, marzo de 1993.

15. Vego, Milan Dr. «The Army of Bosnia and Herzegovina», en *Jane's Intelligence Review*, febrero de 1993.

16. *Ibidem*.

Sólo queda añadir que ésta es una guerra sin sentido estratégico alguno —demasiadas patrias, demasiados caudillos, demasiadas banderas—, combate que todos pierden, y en cuya pérdida ha ido, implícita, la desorientación más grave conocida por Europa desde la Segunda Guerra Mundial. Aturdimiento y desconexión de la realidad que esperamos esté en camino de corregirse por el bien de la seguridad de todos los europeos.